

EDUCACIÓN DE CALIDAD Y PRODUCTIVIDAD: CLAVES PARA LLEVAR A CHILE AL DESARROLLO

Chile ha tenido un desempeño económico bastante satisfactorio en las últimas décadas, considerándose actualmente como una de las economías más desarrolladas de Latinoamérica. En efecto, desde el año pasado nuestro país posee el mayor PIB per cápita de la región –bordeando los US\$ 15.000 a paridad de compra-, según el Fondo Monetario Internacional. No por nada entramos al selecto grupo de la OCDE, que agrupa a las principales economías industrializadas del mundo. Nuestro buen manejo de políticas económicas ha sido reconocido internacionalmente, al igual que la solidez de nuestra democracia e instituciones. Todo lo cual hace que la ilusión de llegar a ser un país desarrollado se vislumbre como algo cada vez más accesible y cercano.

A estas alturas existe un consenso transversal en el país que para lograr lo anterior, debemos primordialmente hacernos cargo de mejorar la calidad de nuestro deficiente sistema educacional en todas sus fases y dimensiones -desde la educación primaria hasta las capacitaciones laborales -, pero lamentablemente la educación es un tema complejo que requiere reformas de largo plazo, superadas en rentabilidad política por los problemas de corto plazo.

Las ideas que están detrás de estos consensos son simples, pero bastante potentes, y es bueno que las tengamos presente. La educación debiese ser el principal mecanismo de movilidad social, logrando romper en este aspecto las desigualdades tan características de nuestro país, y no reproduciéndolas, como ocurre actualmente. En términos de desarrollo humano, el sistema educacional debiese formar personas integrales y otorgar -principalmente a nuestros niños y jóvenes- la autonomía suficiente para poder definir su destino e influir sobre lo que será su vida.

En términos de desarrollo y crecimiento económico, un buen sistema educacional mejora los niveles de capital humano, que cada día más se convierte en el factor productivo protagonista, en esta llamada “era

del conocimiento”. Pero más importante aún, la formación de personas con mejores niveles de educación y calificación, generan mejoras en términos de productividad.

En la contabilidad del crecimiento económico, de hecho, se separa aquel explicado por acumulación de los factores productivos – crecimiento por “transpiración”-, del crecimiento que estos no pueden explicar. A esto último se le llama la productividad total de factores (económicamente conocida como PTF pero usualmente sindicada tan sólo como productividad), la que en definitiva mide cuánto mayor valor se puede producir con la misma cantidad de factores productivos –crecimiento por “inspiración”-. Por ello la “productividad” está fuertemente determinada por el conocimiento, la innovación tecnológica y científica y el emprendimiento, lo que a su vez depende de los niveles y calidad de la educación de la población. En nuestro país, la evidencia sugiere un estancamiento de la “productividad” durante la última década, creciendo en promedio tan sólo 0,4% en el período 1998-2005.

Como lo ha destacado el Consejo Nacional de Innovación desde sus inicios -el año 2005-, además de ser la tendencia mundial de los países desarrollados el volcarse hacia economías basadas en la innovación científica – tecnológica, nuestros recursos naturales hoy enfrentan límites que impiden que la economía mantenga una dinámica de crecimiento sostenido. Por ello, sólo el cambio hacia una economía más diversificada, –basada en el capital humano de calidad, la innovación y el conocimiento- nos permitirá llegar a ser un país desarrollado. La evidencia empírica de hoy es tajante en señalar que no hay experiencias en el mundo de crecimiento alto y sostenido sin un aumento en la productividad laboral.

En efecto, es sabido que la competitividad de un país está fuertemente ligada a su productividad. El último Informe de Competitividad Mundial –mayo 2010- elaborado anualmente por el prestigioso Institute of Development of Management de Suiza, que

genera rankings de competitividad internacional en base a múltiples criterios englobados en Desempeño Económico, Eficiencia del Gobierno, Eficiencia en los Negocios e Infraestructura, nos ubica en el lugar 28 de 58 economías. Esto es, muy por sobre todos nuestros pares Latinoamericanos. Pero justamente en el área de Infraestructura, que incluye el sistema educacional y la innovación científica y tecnológica (entre los más relevantes), es donde peor nos encontramos en relación al resto del mundo, posicionándonos en el lugar 44 de 58.

La evidencia anterior no solo confirma lo que nos dicen los resultados tradicionales de las pruebas SIMCE y PISA -que nuestra educación es precaria y está muy lejos de lo que Chile demanda y necesita- si no que nos recuerda que en este mundo globalizado, competimos por los mercados internacionales así como por la atracción de inversión extranjera, elementos cruciales para países en desarrollo como el nuestro.

Si queremos pensar en grande, Chile necesita cambios profundos con mirada de largo plazo. Hemos avanzado una enormidad en estabilidad macroeconómica, apertura comercial y financiera y seriedad en los negocios, pero es el momento de mejorar la educación de nuestros jóvenes y dar un salto en productividad. **EC**



Joaquín Lennon S.
Analista Económico
Coordinación Económica, Gerencia de Estudios CChC.